



## X.

### FIN DE LA GUERRA DE SICILIA.

1676-1679.

Se retira la escuadra holandesa á su país.—Corta fuerza con que queda la española.—La disminuye más un naufragio.—Reemplazo de los generales.—Concepto del marqués de Villafiel.—Guerra defensiva.—Son rechazados los franceses en Melazo y Siracusa.—Evacuan á Mesina y Agosta.—Efectos de la decisión.—Sitian otra vez á Orán los moros.—Combate en Barcelona.—Tratado de paz de Nimega.—Temporal.—Muere D. Juan de Austria.



AN pronto como los franceses se alejaron de Palermo, empezó la reparación de los bajeles y el salvamento de lo no destruido, extrayendo la artillería, anclas y demás objetos remanentes en el fondo de la rada. En el transcurso del mes de Agosto marchó la escuadra de Holanda, cumplido el segundo término ó prórroga del tratado, y en poco estuvo que no regresara á su país, porque saliendo del golfo de Nápoles tropezó con escuadra superior enemiga, la de Duquesne, que volvía á Mesina desde Tolón con 22 navíos. Gerrit Callenburg, el capitán de bandera de Ruyter, en quien había recaído el mando por muerte de todos los generales, no llevaba más de 14 bajeles, resto de la Armada, y no creyó poder resistir, hallándose, como estaba, á sotavento: tenia, por tanto, deliberado embarrancar en Castellamare en último extremo, salvar la gente é incendiar los buques; mas con sorpresa vió



que Duquesne tomaba de otra vuelta, consintiéndole continuar el viaje <sup>1</sup>.

Reducida la escuadra española, con la marcha, á cifra insignificante; en la imposibilidad de disputar á los franceses el dominio del mar, ni aun de ponerse á su vista sin peligro, decidieron los jefes emplear los recursos en la defensa de la capital de la isla, montando baterías, haciendo cadena fuerte de perchas en la boca del puerto y guareciendo detrás las naves en tanto eran reforzadas <sup>2</sup>. La guerra iba á ser esencialmente terrestre en la resistencia.

Poco tardó Mr. de Vivonne en enviar sus galeras á la costa de Calabria, distrayendo por allá y por otros lugares la atención, mientras acababa los preparativos de la mayor de sus empresas, el ataque de Siracusa, para el que reunió la imponente fuerza de 40 navíos, 25 galeras, considerable número de tartanas y polacras, en que embarcaron 18.000 hombres de ejército, infantería y caballería, á los que se unieron, llegando de Francia á última hora, 14 bajeles más con 2.600 infantes y 600 jinetes.

Una escuadra hizo diversión, presentándose ante Melazo, por dar á entender que allí se destinaba el aparato, y así que á sus inmediaciones acudieron las milicias españolas, rápidamente se dirigió toda la expedición á su objetivo real, mediado el mes de Septiembre; pero cambiando el viento, una parte de la flota que no había desembocado el Faro, tuvo que tomar el puerto de Agosta; otra arribó á Mesina: se descubrió el secreto y quedó malogrado el intento, teniendo que contentarse por entonces con asaltar y saquear el Casal de Melili ó Meriti, próximo á Agosta, donde había un fortín guarnecido de españoles y alemanes; poca cosa para tanta gente.

Tampoco tuvieron ventura los enemigos en Catana, donde se les impidió el desembarco, ni en la primera acometida que hicieron á la Scaletta, pretendiendo tomarla á la ligera, te-

<sup>1</sup> *Mémoires du marquis de Villette.*

<sup>2</sup> Cartas del marqués de Bayona. *Colección Sans de Burutell*, art. 3.<sup>o</sup>, núm. 1.306 y siguientes.



niendo que volver con material de sitio y establecer asedio formal por mar y tierra durante treinta días para que capitulase.

Padecían más, como es de presumir, los pueblos y torres de la costa, hostilizados por los navíos y galeras, de hecho pensado ó al paso de sus comisiones, y por una de ellas, originada de la defección de cierto clérigo, tomaron la plaza de Taormina, que á manera de nido de aguiluchos se alza en la montaña; sólo que, por aquello de que «la traición aplace, pero no quien la hace», trataron los franceses al presbítero con tamaña consideración, que arrepentido de su obra la deshizo, volviendo á dar entrada á los españoles en una noche de tempestad.

Acabó el año de 1676 con alternativas de adelanto ó retroceso, sin que los invasores extendieran el campo de ocupación proporcionalmente á los medios y recursos de que disponían, antes bien se enajenaban la simpatía de los naturales con los humos de conquista.

En punto á nuestra marina, ocurrió alteración que no debe pasar inadvertida. Relevado en el cargo de virrey el marqués de Villafranca, el sucesor, D. A. de Guzmán, marqués de Castelrodrigo, recibió poderes más extensos, con orden general para que las operaciones de mar, lo mismo que las de tierra, se ejecutaran bajo su mandato y dirección, «teniendo en cuenta las dificultades originadas por la diferencia de dictámenes independientes»<sup>1</sup>. Representó el marqués de Bayona contra la medida que rebajaba su autoridad, alegando con todo respeto las razones que le parecían convincentes, apoyadas como iban en ejemplares históricos<sup>2</sup>; mas no alcanzó otra cosa que la seguridad de que la providencia no serviría de perjuicio ni precedente, habiendo de durar lo que la guerra de Mesina, y no más. Lo que para no herir la susceptibilidad se hizo, fué conferir al Virrey el título anexo de teniente general de la mar, que se dió igualmente al cardenal Porto-

<sup>1</sup> Real despacho, dado á 11 de Diciembre de 1676. *Colección Navarrete*, t. VII, número 49.

<sup>2</sup> De Nápoles á 19 de Marzo de 1677. La misma *Colección* y número.



cártero<sup>1</sup>, cuando Castelrodrigo murió, y después de él á don Vicente Gonzaga<sup>2</sup>.

Algunos bajeles se despacharon desde Cádiz; tres galeones del Estado, cuatro naves y dos fragatillas fletadas por el comercio<sup>3</sup>, con las que, reforzada la escuadra de Palermo, se formó división de siete navíos de guerra y uno de fuego, llevándola el general D. Juan Roco de Castilla para la costa del Final, en el mes de Diciembre, á fin de embarcar tropa<sup>4</sup>. Los franceses, informados de sus espías, acrecentaron la Armada de Mesina con cinco navíos de 120, de 84, 70 y 64 cañones, poniéndola toda en movimiento á las órdenes de Duquesne para interceptar el transporte, sin conseguirlo: la división había tomado el canal de Piombino, y regresara incólume si en la noche del 1.º de Febrero (1677), con mucho viento y mar, no dieran dos naves en las rocas de la isla Pianosa, haciéndose pedazos, con lastimosa pérdida de 600 hombres<sup>5</sup>.

La Junta de Armadas recibía incesantes órdenes del Gobierno, enderezadas á procurar que la escuadra de Italia respondiera á las necesidades, aprovechando la oferta patriótica de la provincia de Guipúzcoa, de contribuir con cinco bajeles y un patache<sup>6</sup>: en cuanto al personal, habiendo de reemplazarse los jefes muertos en la batalla de Palermo, se dió título de almirantes al conde de la Monclova, á D. Agustín Durán y á D. Pedro Corbete, y de gobernador de la Armada á

<sup>1</sup> Se acuñó, y poseo ejemplar, una medalla en que este personaje, que tanto influyó en la suerte de España, está representado en traje eclesiástico, mirando á su derecha, con leyenda: LUD. CARD. PORTOCARRERO. PROT. HISP. ARCH. TOLET HISP. PRIMAS. A. CONS. STAT. PRO REX ET CAP. GEN. SICIL. TEN. GEN. MARIS. ORATOR EXTR. AD INNOC. XI.—Exergo: *Io Hameranus f. A. MDCLXXI.VIII.*—Reverso Una columna á orillas del mar, con las cuatro virtudes en el pedestal, y sobre ellas la estatua de la Victoria. Á la izquierda una fortaleza con las armas del Cardenal una galera empavesada á su lado y dos cañones en la playa. Á la derecha, en la parte superior, vuelan genios llevando el birrete y el báculo.

<sup>2</sup> En 28 de Noviembre de 1677. *Colección Vargas Ponce*, leg. 13, núm. 40.

<sup>3</sup> *Colección Sans de Barutell*, art. 4.º

<sup>4</sup> *Idem*, id.

<sup>5</sup> Eran las naves *Santa Ana*, capitana del general Roco, y *San Gabriel*.—Parte á S. M. en la *Colección Sans de Barutell*, art. 4.º, núm. 1.504.—Certificación de Mateo de Laya, *Discurso*, pág. 50.

<sup>6</sup> *Colección Vargas Ponce*, leg. 2, núm. 182.



D. Fernando Carrillo, al presente marqués de Villafiel, confiando mucho en la actividad y otras buenas condiciones de su brillante carrera, condensadas por excepción en el Real despacho expedido á 30 de Marzo, en términos que valen la pena de transcribirlos.

«Atendiendo á las prendas que concurren en vos, D. Fernando Carrillo y Manuel, marqués de Villafiel, de mi Consejo de Guerra y Juntas de armadas y galeras, y al acierto con que habéis servido por espacio de veintisiete años en guerra viva en las galeras, armada, ejércitos de Italia, Cataluña y Extremadura con los puestos de gobernador de una escuadra de bajeles del Océano, cuatralbo de las galeras de Sicilia y de Nápoles, maestro de campo de un tercio de infantería que se os formó de la gente dellas para el sitio de Solsona, gobernador de la escuadra de Nápoles, entretenido en el ejército de Extremadura cerca de la persona de D. Juan de Austria, mi hermano, Almirante general de mi Armada del mar Océano, y gobernador de Málaga, y á que os habéis hallado en la batalla sobre las Horcas de Lérida, donde recibisteis un mosquetazo en la pierna izquierda; en la rendición de un bajel de Portugal; con la Real, en las inquietudes de Nápoles hasta su rendición, donde tomasteis tres bajeles que infestaban las costas de Sicilia, y el navío francés *el León coronado*, y también la Capitana de Ferrer en la playa de Mataró, y entrasteis con otra galera y los cabos del ejército á reconocer el puerto de Barcelona, y en la ocasión que se tuvo con las saetías de Francia, debajo del cañón de Blanes, os dieron un astillazo en el costado derecho, de que estuvisteis con gran riesgo, y en la rendición de las 40 saetías que se cogieron debajo de San Feliu, recibisteis cinco mosquetazos, el uno en los pechos, y viniendo la Armada de Francia á socorrer á Barcelona, salistes en la Capitana real del Océano á reconocerla, y cogisteis cuatro embarcaciones que traían bastimentos á la plaza, y las quemasteis para estar desembarazado, dando aviso de su venida, con que se pudo estorbar socorro, y todo el tiempo que duró el sitio asististeis á guardar la costa y puerto hasta que se rindió á mis reales armas, y rendisteis dos bajeles, y después pasasteis á Nápoles, y habiendo sitiado la Armada de Francia á Castelamar, la socorristeis, y habiéndoos ordenado fueseis con tres galeras á reconocer la isla de Ras y entrar en Tolón, lo ejecutasteis con gran riesgo y disteis aviso cómo la Armada de Francia estaba sobre Palamós, donde se encaminó la nuestra y se tuvo batalla de poder á poder, y hallándoos en el sitio de Solsona de maestro de campo, os acometió el enemigo una noche tan reciamente que sólo os quedaron dos oficiales y salisteis con espada en mano alentando vuestra



gente, que necesitasteis de muchos socorros y redujisteis al enemigo á que se retirase á sus puestos y al siguiente día se rindiese la plaza, y en el pasaje que hizo D. Juan de Austria, mi hermano, á Italia, en dos galeras habiendo embestído las cuatro bajeles de moros, y peleando con ellos recibisteis un mosquetazo en la cara de que perdisteis el ojo izquierdo, y viniendo á España gobernando las galeras de Nápoles, defendisteis el puerto de Cartagena de la Armada de Inglaterra combatiendo con ella, y en el ejército de Extremadura os hallasteis en demoler á Arronches, y habiéndoo nombrado por Almirante general de mi Armada del Océano, la gobernasteis en diferentes ocasiones y hicisteis muchos viajes con ella á los cabos y en las costas de Galicia, habiendo defendido el trozo de Armada con que os hallabais, de la de Francia, y mantenido el punto de mis armas, pasasteis á los estados de Flandes con gente y dinero para aquel ejército, y á la vuelta, habiendo ejecutado este tan estimado y difícil servicio con grande dispendio de vuestra hacienda y mucho trabajo, lo continuasteis en el gobierno de Málaga con gran satisfacción y acierto, montando la artillería, reedificando sus murallas, puerto y muelle, en el cual, habiéndose ofrecido el combate de cuatro bajeles de la Armada con otros de la de Francia, gobernasteis aquella facción con gran acierto y dirección, debiéndose á vuestras asistencias el suceso que se tuvo. Y esperando lo continuaréis así, he resuelto encargaros del gobierno de la dicha mi Armada del mar Océano, etc.»

Siguiendo al vuelo las ocurrencias de la corte, es de conjeturar que D. Juan de Austria, logradas sus aspiraciones, teniendo por entonces la mano en el timón del Estado, no fué ajeno al nombramiento del marqués de Villafiel ni á la redacción de la patente en que se manifiesta el reconocimiento á la persona que tanto le ayudó en las campañas de mar y tierra. Si así es, merece elogio, tanto por no olvidar en la prosperidad las deudas de abnegación, como por haber puesto la vista en una de las personas más aptas de la marina, que no tardó en justificar la designación, llevando á Palermo tres navíos con 1.500 soldados de desembarco y cantidad de pertrechos navales, estando advertido de que podría encontrar á tres escuadras francesas que en diferentes parajes cruzaban esperándole <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Colección Sans de Barutell, art. 3.º, núm. 1.341.



Algo reanimó su presencia á la escuadra, empleándola en las operaciones defensivas del ejército de Sicilia, poco á poco reforzado con tercios de calabreses, napolitanos y albaneses, en cuyo transporte anduvo ocupándose, é hiciera más, poco conforme como estaba con la parsimonia del cardenal Portocarrero, á no irle á la mano, mostradas las instrucciones de la superioridad ordenando evitar encuentro con las fuerzas tan superiores del enemigo, preservando las nuestras. Las tuvo, por consiguiente, limitadas al acecho en lugares de retirada segura, contentándose con alguna que otra presa de embarcaciones de víveres, con inquietar á los puestos avanzados de los franceses y socorrer á los nuestros.

Hízolo con éxito en Melazo, empresa definitiva del duque de Vivonne, intentada con 15.000 infantes y 1.200 caballos por tierra, y por mar con las galeras, que entraron en la bahía derechas al desembarco en la ciudad. Por una y otra parte se les maltrató, obligándoles á retirarse; hubieron de hacerlo luego los enemigos ante Siracusa, amagada por 20 navíos y las galeras; experimentaron considerable merma de gentes en Catana, estando nuestros infantes parapetados entre las que se llaman Jarras del Mongibelo, que son piedras trastornadas por las erupciones del volcán; repitiéronse en este tiempo las conspiraciones de los mesineses, colmando todo junto la medida, no muy ancha, de la paciencia del Gran Rey, que se había prometido mejor fruto del cuantioso envío de soldados y dinero, consumidos en aquella guerra interminable.

Su virrey solicitó prudentemente relevo al empezar el año 1678, y se lo acordó, nombrando al duque de la Feuillade, mariscal de Francia, no más afortunado en los comienzos de la gestión dificultosa. Fué derrotado en el ataque de la Mola; estuvo en poco que no quedara prisionero de los españoles, amargando la nueva del contratiempo otra de peligro mayor en que se vió la escuadra de 15 navíos de Mr. Gabaret, en las Bocas de Bonifacio, aunque sólo uno, el *Magnifique*, de 72 cañones, naufragó <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> *Mémoires du marquis de Villedieu*.



Pero es de presumir que Luis XIV perseverara de todos modos en la idea de afirmarse en Italia, á no contrarrestarla el acuerdo entre Holanda é Inglaterra, afirmado con la unión matrimonial del príncipe Guillermo de Orange y la hija del duque de York, sanción del plan de paz europea que se proponían y convinieron <sup>1</sup>, obtenido, al efecto, del Parlamento inglés crédito suficiente para poner 90 navíos en la mar. Negarse á la demanda hubiera sido decisión con la que arriesgara el de Francia lo conseguido durante la campaña, al paso que cediendo en una parte podía alegar el sacrificio como razón para resarcirse con la mejor, ó con la que más le convenía entonces, que es lo que hizo.

Paréceme explicación verosímil de las providencias repentinamente adoptadas para el abandono de Mesina, que las historias francesas refieren confusamente, por asunto penoso entremezclado con los que satisfacían á las aspiraciones nacionales.

Alguna asegura haber salido de Francia Mr. de la Feuillade llevando terminante prevención de representar una comedia «que produjo el degüello de los mesineses, cobardemente entregados á los españoles por el Gran Rey; comedia cuyo desenlace divertido fué *la decisión de la ciudad de entregarse á los turcos*» <sup>2</sup>.

Las instrucciones le recomendaban proceder con la mayor urgencia, por ser de recelar que se reunieran en Mallorca con la escuadra de España una holandesa de 18 navíos, ya en marcha; la inglesa, de 21, que estaba sobre Argel, más las que se preparaban en el Canal de la Mancha, y que con su vista renovarían los *merli*, de Mesina <sup>3</sup>, las *Visperas sicilianas*. No se dice qué fecha tenían los despachos, pero sí que pareciendo al Embajador de Francia en Roma inexplicable la ejecu-

<sup>1</sup> Está inserto el Tratado en la *Colección* Abreu y Bertodano, y mucho sirve á su historia la pintura de la Corte de Inglaterra y la revelación de los manejos inmorales de Luis XIV, sus ministros y embajadores, hecha por Mr. H. Forneron en el libro titulado *Louise de Kérroualle, duchesse de Portsmouth*. París, 1886.

<sup>2</sup> Mr. Eugène Sue, t. III, pág. 257.

<sup>3</sup> *Merli*, mirlos, nombre con que se designaba al partido popular afecto á España.



ción cuando recibió la primer noticia de estar realizado, poniéndola en duda argumentaba que no valía la pena de relevar á Mr. de Vivonne y de sustituirle con persona que, como él, tenía la más alta dignidad de la milicia, para hacer un papel nada envidiable <sup>1</sup>.

En punto á la desesperada decisión de los mesineses, no puede caber duda; nada menos que S. M. Cristianísima la certificó en carta dirigida al cardenal duque de Estrées, su embajador, expresando que, instado por su ardiente celo en bien de la fe, despachaba correo extraordinario con el único objeto de comunicarle que los de Mesina habían enviado emisarios á Constantinopla, *no pidiendo asistencia, sino queriendo entregarse de un modo absoluto á los turcos*. La pena con que lo había sabido y el peligro que á Sicilia amagaba, le habían hecho reflexionar sobre los medios de evitarlo, sin discurrir otro más eficaz..... que el de hacer partícipe del secreto al Papa <sup>2</sup>.

No deja de instar también á la reflexión ahora la razón que tuvieron los mesineses para dejar transcurrir un plazo de tres meses, en el que los españoles habían asegurado la posesión de la ciudad, antes de ofrecerla al Gran Señor. Dentro de ella nada se advirtió que confirmara los temores del Monarca celoso del bien de la cristiandad; acaso nacieran fuera, procediendo de los expatriados, que habiéndose puesto en los brazos de S. M., constreñidos á dispersarse, sin consentirles llegar á la capital, errantes y aborrecidos, perecieron casi todos en misera vida <sup>3</sup>.

Llegado el momento de la evacuación de Mesina, calificada de dolorosa por Mr. H. Martín <sup>4</sup>; inconveniente por el marqués de Villette, vergonzosa por M. Guérin, más tuvo de trágica que de cómica la declaración del duque de la Feuilla-

<sup>1</sup> Mr. Sue, t. III, pág. 276.

<sup>2</sup> El mismo Mr. Sue insertó íntegro el despacho, que tiene fecha 17 de Junio de 1678, t. III, pág. 281.

<sup>3</sup> Relación escrita por uno de ellos. Mr. Sue, t. III, pág. 273. *Proclamación al Rey Christianísimo en voces unidas de Mesineses separados, fugitivos de su patria*. Impreso en folleto anónimo.

<sup>4</sup> «Douloureuse histoire que celle de cette évacuation!»



de, concediendo término de veinticuatro horas á las familias que quisieran embarcar personas y bienes en la escuadra que iba á darse á la vela el 16 de Marzo (1678), y no obstante, ¡cuánto distaba la realidad de la pintura hecha por los escritores franceses de la venganza, del degüello, de la represión espantosa de los españoles!

Don Gabriel Andrés de Carvajal, de los primeros en dar cuenta del abandono de los ocupantes de Mesina y de haberse ido con ellos 17 familias de las más comprometidas en la rebelión, escribió: «Es circunstancia para la felicidad del suceso, pues S. M. excusa el castigo que se les debía hacer, que en su real clemencia, aunque justo, sería de mortificación <sup>1</sup>.»

Estas familias eran, sin duda, de los jurados y senadores; de los que dirigieron la revuelta, haciéndose los amos y ensangrentando las calles con ejecuciones á los *merli*; en relaciones del tiempo se añaden otras ciento de actores menos culpables, y hasta 600 eleva Lancina las que por acusación de la conciencia emigraron. A las demás, á la gran mayoría que obligó la fuerza, nada ocurrió. Que hubo represión, no se niega; ¿habrá quien la considere injusta? Lo que necesita rectificarse es la exageración con que se supone impuesta, y el nombramiento de virrey italiano, la publicación inmediata de indulto general, comprendiendo cuerpos y bienes, hacen más peso que las declamaciones huecas. Podrán los autores franceses de nuestros días creer y escribir, influyendo en la opinión <sup>2</sup>, que se lamentó por alguien el alejamiento de sus soldados de Sicilia, ocultando la voz de los interesados, que decía:

«Ma tu, Francese, sei troppo tiranno,  
Honor e pietà in te non può regnare <sup>3</sup>.»

Platicó el arzobispo de Reggio que D. Carlos II debía estar muy reconocido á Luis XIV, pues habiendo con tan poca razón faltado Mesina á la obediencia, tomó por su

<sup>1</sup> Colección Sans de Barutell, art. 4.º

<sup>2</sup> Nuestro historiador Lafuente se sirvió en este particular, como en otros, de datos inexactos de los enemigos.

<sup>3</sup> Andrea Carola, *Racconto in ottava rima*.



cuenta castigarla y se la había devuelto corregida: habíanla dado los franceses penitencia de la culpa, y los españoles absolución <sup>1</sup>. El que no admita por suficiente el testimonio, puede acudir al de los vecinos de Agosta, donde Mr. de la Feuillade voló la torre de Avalos y el castillo, llevándose hasta las campanas de las iglesias, para que conservaran memoria de la fugaz dominación.

Con el primer rumor de la ocurrencia se presentó en el Faro el marqués de Villafiel, y destacó navíos y galeras tras de la retaguardia del convoy de 120 velas, con oportunidad para apresar cuatro bajeles de provisiones. Otros se fueron tomando posteriormente en Mesina, porque sin conocimiento de la mutación se entraban en el puerto <sup>2</sup>.

De la guerra de Sicilia resultó ganar la partida perdiendo las batallas en aquel terreno, que en otros mucho daño produjo, distrayendo las fuerzas que hubieran tenido ocupación en Cataluña y en Flandes. Por su causa volvieron á sitiar los argelinos á la plaza de Orán, estando afligida de la peste, sin médicos ni vitualla (1677), al mismo tiempo que los de Melilla y Vélez apretaban al Peñón <sup>3</sup>, y gracias al ánimo de los soldados hubo tiempo para que los almirantes Nicolás Fernández de Córdoba y Juan de Peredo juntaran naves con que socorrerlos <sup>4</sup>.

Una nombrada *San Pedro* sucumbió en combate desigual con dos francesas, en la costa del Rosellón; otra de las escapadas al desastre de Palermo, la *Anunciación*, estando al ancla en Barcelona, al amparo de los baluartes, se vió precisada á resistir el fuego de 12 navíos de la escuadra de Duquesne durante cuatro horas y media, en las que tuvo 150 muertos, no sin causarlos á los enemigos <sup>5</sup> que, desesperan-

<sup>1</sup> Lancina, pág. 521.

<sup>2</sup> Constan pormenores de los servicios de la campaña en la *Colección Sans de Barutell*, arts. 2.º, 3.º y 4.º

<sup>3</sup> Relación impresa. Existe también un romance, del tiempo, refiriendo los horrores de la epidemia.

<sup>4</sup> *Colección Sans de Barutell*, art. 3.º, núm. 1.344.

<sup>5</sup> En el número el capitán D'Hailly, del navío *Sans-Pareil*. Mr. Guérin, t. III, página 293.



zados de rendirle, lo abrasaron con *burlote*. El capitán Antonio Carlos Salmón recibió felicitación y recompensa por el proceder <sup>1</sup>.

Poco después se convino con Francia suspensión de hostilidades, preliminar de la paz á que se llegó en el Congreso de Nimega, á costa del territorio de Borgoña, ó Franco Condado, de que se hizo definitiva renuncia <sup>2</sup>. La escuadra desarmó, pasando á los puertos del Norte en el invierno, con despedida de campaña que la puso á prueba sobre la costa de Portugal con fiera tormenta. Todos los navíos sufrieron en la arboladura y más la Capitana del marqués de Villafiel, que portentosamente fondeó en la boca del Duero en bandolas; esto es, con velas improvisadas. El General, al dar cuenta en 20 de Enero de 1679 del temporal, como de lance no común, escribía: «Todos acudieron á Dios, y yo los acompañé, esforzándolos á la diligencia de cortar cabos.... Suplico á Vuestra Majestad se den á Dios y á su Madre Santísima las debidas gracias por tanta misericordia como ha derramado sobre esta Capitana, y sobre los que han padecido en el servicio de Vuestra Majestad un subceso tan inmediato al evidente peligro de la vida <sup>3</sup>.»

El 17 de Septiembre, aniversario primero de la paz con Francia, agitaba á los noticieros de la corte ocurrencia de harto mayor sensación. Don Juan de Austria, doliente del cuerpo y del espíritu, había fallecido en buena edad, sin causar sentimiento ni dejar vacío, porque su influencia con el Rey declinaba y su popularidad estaba eclipsada totalmente. Los que fueron sus partidarios ardientes, los que contribuyeron á su elevación, eran los que con más vehemencia desataban la lengua en improprios ó la pluma en *papelones*, sátiras y epigramas, por ser cosa sabida que le mortificaban

<sup>1</sup> Colección Sans de Barutell, art. 2.º, núms. 281, 305, 306, y art. 4.º, núm. 1.517.

<sup>2</sup> Se firmó el tratado el 17 de Septiembre de 1678. Está incluido en la Colección de Abreu y Bertodano.

<sup>3</sup> El parte en la Colección Sans de Barutell. Hay además relación impresa en que se refiere que durante el viaje batió á seis carabelas argelinas, repesando dos de Mallorca que se llevaban.—*Disquisiciones náuticas*, t. III, pág. 166.



mucho. Acusábasele de haber acabado de desorganizar la máquina gubernamental y de no haberla encontrado compuesta; de romper, por antagonismo con la Reina madre, los planes matrimoniales de D. Carlos con hija del Emperador, que hubiera estrechado los lazos de alianza y amistad de siempre; por negociar, contemporizando, el casamiento con María Luisa de Orleans, que convertiría al enemigo declarado en enemigo doméstico, de los enemigos el peor. De la multitud de males le hacían causa; á los escasos bienes le declaraban ajeno; traíanle mejor los que se satisfacían diciendo

«Vino Su Alteza,  
Sacó la espada,  
Y no hizo nada.»

El juicio de sus condiciones en el exterior distaba mucho de este apasionamiento: favorable por extremo aparece en los informes reservados de los embajadores de Venecia, donde se elogia su alta capacidad para el gobierno, su probada virtud y altas dotes; sobre todo, sus excelentes deseos en favor de la monarquía, demostrados en todos sus actos, y confirmados por la asiduidad en el despacho de los negocios, en que empleaba trece horas al día. Esto querría decir, á no saberse: *Nemo propheta in patria sua*.

No faltó, con todo, quien se atreviera á defender su memoria <sup>1</sup>, ni quien le retratara con mesura, al parecer, asentando <sup>2</sup>:

<sup>1</sup> Entre los muchos escritos de que fué objeto, son de recordar en este sentido: *Breve bosquejo del Señor Don Juan de Austria por Jaime de Cortada*, Barcelona, por Rafael Figuera, 1677, 4.º—*Defensa de Don Juan de Austria*. Impreso sin nombre de autor, ni año, ni lugar, 4.º mayor.

<sup>2</sup> *Menor de edad de Carlos II*. Biblioteca particular de S. M. el Rey. S. 2, estante B. P. 4, t. LXVII, pág. 51.—Mateo de Laya, *Discurso*, pág. 79.

Escribí este tomo IV de la ARMADA ESPAÑOLA á principios del año 1896; en los momentos de estarse imprimiendo ha salido á luz el último trabajo del eminente hombre de Estado D. Antonio Cánovas del Castillo: la introducción á las *Memorias militares del Marqués de la Mina*, que tenía entre manos al morir, y que no pudo acabar ni pulir. Sin embargo, tal como lo dejó y ha aparecido, con membrete: *De la desmembración y repartición de la antigua monarquía española*, constituye un es-



«Fué de mediana proporción, rostro bueno y agradable; en la música y matemáticas, pintura, lenguas, historia, discreto uso de la elocuencia natural, singular y próspero estilo de la pluma, fué único y admirable; hizo algunas coplas, y hasta la letra era excelente; en los juegos de pelota, trucos y manejo de arcabuz, y en la caza, consumado. Sólo ir á caballo lo poseía con desaliño francés, más que con fortaleza napolitana y gala española; fué sumamente discreto en la conversación, atractivo en el agrado, y valeroso por sí; pero gobernando armas, fatal y desgraciado; fué gran príncipe, y fuéralo mucho mayor si á este cúmulo de prendas hubiera agregado la liberalidad en los premios, la magnanimidad en las quejas, y la lisura y sinceridad en el trato.»

tudio profundo y contiene cuadro del reinado de Carlos II, de necesaria lectura para el conocimiento de su historia. Transcribió párrafos de la instrucción enviada en Diciembre de 1669 por el Rey de Francia á su embajador en Madrid, Bosny, obispo de Béziers, diciendo:

«Con D. Juan no quiere S. M. ningún trato, por ser el partido de la Reina más legítimo y por el particular afecto que profesa al Emperador, con el cual le sería más fácil entenderse amigablemente al fallecimiento del rey Carlos; porque, encontrándose muy lejos, poco potente de por sí y con la nación alemana muy aborrecida en España, tendría más necesidad del apoyo de Francia que el dicho don Juan, quien si por impetuoso torrente de opinión de los pueblos que juntase en uno á los españoles fuese proclamado rey, como hombre belicoso y osado podría pretender la conservación de la Monarquía toda entera, sin consentir en la menor desmembración.»

«Importa dejar consignado (dice por su parte el comentador) que las indudables esperanzas que entre algunos españoles hubo de sustituir con aquel bastardo á Carlos II, caso de que éste falleciere antes de contraer matrimonio, no debían de ser muy quiméricas cuando tamaña importancia atribuía al proyecto el desdeñoso Rey de Francia. No era D. Juan un gran talento, á la verdad; mas si un soldado digno de sucumbir peleando, y por eso, á falta de otros más capaces, en el heroico vencido de Estremoz se fijaron las miradas de los que todavía conservaban el calor de la antigua sangre española.»